

# EL GESTO

Por el Dr. FELIX MARTI IBAÑEZ

**En el cuerpo del hombre el Verbo se hace carne**, ha dicho Ortega y Gasset.

Donde esa magnífica expresividad de la carne adquiere su máximo vigor es en el niño. Moldeado su cuerpo elástico sobre su nítido espíritu, las inquietudes de su alma se traducen tan gráficamente al exterior, como traduce un guante los movimientos de la mano que aprisiona.

Si el hombre tiende a reprimir la manifestación externa en sus pasiones, con la máscara de una impassibilidad más o menos lograda, el niño ni quiere ni puede hacerlo. Todo el niño es alma y su más insignificante estado anímico se traduce exteriormente con un vigor y un colorido desproporcionados a la causa productora.

Al brinco anímico corresponde el salto corporal. Con razón dice Compayré, que el niño abraza más que ama, llora más que sufre y sonríe más que se divierte. Esa tan íntima correlación psicosomática, hace que incluso llegue el niño a modelar su fisonomía y en ello se basa todo ese sistema de exploración de la afectividad, que denominamos Fisionomía. Se ha escrito que los ojos movibles y regulares, denotan un niño vivo y nervioso; los cabellos rubios, sensibilidad, y la nariz haguileña, firme voluntad. Kretschmer, en su obra «Figura y carácter», realiza un maravilloso estudio de esta cuestión.

Son sobre todo los ojos —nunca mejor aplicada la lindeza poética de «las ventanas del alma»—, los que más expresivamente traducen las reacciones emotivas del infante. La mirada del niño revela de modo exacto su estado anímico. Quiera él o no quiera. O aunque quiera disimularlo. Por eso el niño mentiroso y el hipócrita, evitan el mirar cara a cara a su interlocutor. Afluye el alma del niño a flor de su iris, mostrándose allí desnuda ante la mirada del que pretende leer el estado afectivo del infante. No se ha hecho todavía, y merecería hacerse, un estudio de la mirada del niño: de la mirada noble; de la mirada torva y que se desliza; de la mirada que vagabun-



dea; del niño psicopático. Maravillosa pantalla de los ojos del niño donde se proyectan todos sus estados emotivos, como en una policroma y móvil pintura.

Expresa el niño sus emociones valiéndose de cuatro grandes medios de gran plasticidad: Los movimientos, los gritos, la risa y el llanto.

El niño posee una movilidad excesiva, generosamente exagerada. Desproporcionada al objeto a que se encamina. Tanto cuando es refleja o instintiva en sus comienzos, como cuando pasa a la categoría de acto volitivo y consciente. Este desbordamiento de la energía muscular, reconoce por causa el ser los movimientos la primitiva forma de expresividad infantil. Incluimos aquí los gritos, estornudos y llantos, aparte de los movimientos propiamente dichos, verdadero anticipo de lo que será su próxima vida intelectual. El futuro idiota se mueve poco. El niño normal se agita desde que nace: verifica movimientos de succión, parpadea ante la luz, mueve los brazos y piernas a todas horas. Progresivamente su actividad primero refleja, va cayendo bajo el control de los altos centros cerebrales y pasa a la categoría de actividad espontánea; pero lo hace de modo tal, que es difícil deslindar cuál es en esa ruta la frontera que separa ambos dominios.

El acto de mamar, primero instintivo en el niño, pasa posteriormente a ser consciente; llegándose incluso al extremo descrito por Balzac en que el mundo entero